

APUNTES

ALBUM ARROYANO

PORTADA

Lo auténtico y propio de cada pueblo, se va borrando no sólo desleído en un mimetismo cosmopolita, ramplón, anodino y amorfo, sino ayudado por la estolidez de unos, la incivildad de otros y la brutal vorágine de este vivir veloz que no deja tiempo para recrearse en las cosas bellas. Y este es el caso de las canciones, corros y bailes típicos de Arroyo de la Luz.

Antes, solían vestir sus trajes policromos y embellecedores en ciertas épocas del año, siempre dentro de un cielo fijo e invariable, y dejaban oír sus canciones y romances que ya no oímos.

Había tan poco peligro en las canciones, que el más simple podía observar que cantaban por cantar, rutinariamente, por seguir una vieja tradición. Y por que esa era la manera más fácil y honesta,—los corros,—de hallar novia los mozos, más tímidos que las mujeres.

Cuando por multitud de esquinas y calles había bailes de pandero y corros, era rara la falta al decoro, la moral y la propia estimación. Hoy que las calles están mudas de esos cantos de juventud con los nuevos modos, sufren el contagio de lo actual y extraño, que es carencia de sensatez, y sienten en sus entrañas, los pueblos, la quemadura de lo incorrecto y el dolor de ver extinguirse una de sus más bellas y valiosas preesas: la sencillez y pureza de costumbres.

TRISTEZA

No hay posibilidad de concretar en donde reside la causa de la muerte, por asfixia, de los corros y canciones típicos arroyanos; pero lo único cierto, es que se extinguen, que se mueren. Y se mueren, porque no los dejan que salgan del arca de la memoria a airearse,—llenando el paisaje de su música melodiosa y trovadoresca o monótona y ancestral con reminiscencias ibéricas y moriscas,—siendo devorados por la polilla del olvido.

PEDRERÍA

Verdaderamente, el conjunto de canciones y romances arroyanos constituye un lindo collar de piedras preciosas donde abundan las amatistas y no faltan diamantes, rubíes y zafiros; pero la gema dominante es la esmeralda. A tal causa debe referirse la defensa que

en otro tiempo hiciera de ellas un amador de las cosas típicas de su pueblo a cierta prohibición de un Corregidor.

Yo quisiera convencerte,
oh, mágico encantador!

de que los corros no tienen
pecado de excomunión.

Y si sus canciones «pican»,
no levantan ronchas, no,

como lo hace la «Vida
del escudero Obregón»,

la del «Celoso extremeño»
y el «Lazarillo» embaidor,

las coplas de panadera
y de «Berganza y Cepión»

el diálogo sabroso

que Cervantes escribió.

Y si esas cosas buenas

no han merecido canción,

¿por qué matar a los corros

que es de antaño diversión

y suprimir sus canciones

que del pueblo el alma son?

Aquesto aquí te suplica,

de todo su corazón,

el que canta de los corros

y es muy pobre rimador.

Les imputan cierto tufillo de pícaras a las canciones y no les falta verdad en el elogio, pero ¿son menos pícaras «El Curioso Impertinente», «Lazarillo de Tormes» y «Guzmán de Alfarache»? Honradamente, no. Como no lo son «La Celestina», «La Pícaro Justina» y «Un viaje a Turquía» (este último de Villalón). Y nada digamos de los «Cancioneros» de Baena y Mingo Revulgo.

DESEOS

Dar a conocer, si es posible, la riqueza de romances y canciones que están a punto de perderse. Y gran suerte sería que algún músico se decidiese a trasladar sus melodías al pentágrama dejando copia de ellas.

FICHA

«La Zarandaina» es una canción burlesca, tal vez de la última mitad del siglo XVII, de música fácil cuyo estribillo se canta cada dos versos.

LA ZARANDAINA

ENVIO: Para mis gentiles colaboradores señoritas Juana y María Criado Valcárcel y Carmen Rosado Ojalvo.

GLOSA

Es un burlón juglar,
y gran poeta,
el que en música grácil
y bella letra
un cuadro de Velázquez
nos representa
con capricho de Goya
que salpimenta.
Y con vena y donaire,
ático, cuenta
las bravas comilonas
y borracheras
de tres comadres guajas
gordas y feas
que dan a San Andrés
sus preferencias.
¡Con qué lírica gracia
nos embelesa
al describir, con sorna,
la ruda prueba
que el organismo sufre
en las tres perlas
que, entre eructos de vino,
ahitas, resuellan..!

¡Con qué mimo la Juana
dice a la Pepa:
Comadre: Alargue la bota
para que vea
si ese tinto es el bueno
de su cosecha!
¡Cómo entorna los ojos
mientras le suena
el goteo del rancio
que ella trasiega!
Y, como gato limpio
que saborea,
por los labios grasientos
pasa la lengua.
Y con mimo a la boca
la mano lleva,
por su revés limpiando
rojas chorreras
que por su barba corren
raudas y frescas...
El boticuelo lacio
la Juana deja
y con hipos de hartura
llora la Pepa.
Con cara de fantoche
ríe la Cleta
al ver a su comadre
que se lamenta
por el bien perdido
que ya no queda.
¡La fuente de placeres
se quedó seca!
Y perdido el sentido,
y la conciencia,
cada cual disparates
a la otra suelta
.....

Escuchemos, que el corro
el caso cuenta.

CORRO

Estaban las tres comadres
muy juntitas todas tres.
Ofrecen sus comilonas
al bendito San Andrés.
Una lleva treinta huevos;
para cada una diez.
Otra lleva un cochinillo
de dos arrobas o tres.
Y otra lleva un boticuero
de vino, para beber.
Y después de bien comidas,
borrachitas todas tres,
una mira para el cielo
dice que es paño francés;
otra mira al boticuero,
dice que es niño sin pies;
y otra mira para el río,
dice que corre al revés.
Estaban las tres comadres
borrachitas todas tres.

ESTRIBILLO

Esta es la Zarandaina,
andaina.
Esta la Zarandaina es.

AMENOFIS



Voces y expresiones viciosas

Bardo

CENDEMOS a la hipérbole como el río se dirige a la mar. Ya somos exagerados en el elogio,

ya en la repulsa. Puestos a encarecer las cosas, a aumentar su valor verdadero, medirémoslas no con el metro, cuyo patrón de platino se conserva en los archivos de la Oficina de Pesas y Medidas de París, si no con la varilla de ingrátido metal con que la imaginación las mide. Así veremos proceridad en un simple altozano, y nos parecerá una galerna la más inofensiva marejada. Llamaremos Papiniano a cualquier rábula o leguleyo y Herrera o Brunelleschi a un modestísimo maestro de obras.

Viene esto a cuento porque, ya por razón de simpatía, de amistad, de conveniencia, etc, somos muy dados a llamar vate al más ramploncillo versificador. Y, naturalmente, cuando topamos con un poeta de cuerpo entero, nos vemos en un apuro, pues el nombre de vate, tan reiteradamente mal empleado, nos parece insípido y escaso para sintetizar con él los insignes merecimientos de este auténtico creador de belleza.

Vate, del latín *vates*, quiere decir adivino y por extensión poeta, que por tener la facultad de penetrar los más profundos arcanos, de cifrar en forma rítmica los misterios del mundo ideal y maravilloso que le circunda, aseméjase al adivino, cuya misión, precisamente, es descubrir lo oculto. leer en lo porvenir: vaticinar.

Desatentado resulta llamar poeta — poesía viene de *poëio*: crear — a cualquier versificador, rimador o coplero, mas pasa de la raya aplicar a tales tributarios de las musas el nombre de vate:

«He aquí la doble función del poeta, del vate: cerner, acendrar en nuestros corazones el obscuro poso del pasado; o sugerirnos el futuro legado que hemos de transmitir a los que vendrán, orientar fúlgidamente nuestra sensibilidad hacia el porvenir» (1).

El orden en que se usan en la cita precedente las voces poeta y vate, indica bien a las claras el superior grado jerárquico de la segunda voz.

Pero si es reprehensible el empleo desmedido que se hace de estas dos palabras, resulta aún más impropio e incluso disparatado, el llamar *bardo* (2) a quien compone versos hoy, ya con las finas he-

(1) Dámaso Alonso: *Ensayos sobre poesía española*. (Madrid, 1944). Pág. 340.

(2) Lo mismo cabría decir de la palabra trovador o juglar, a no ser que se aplicase a un Zorrilla o poeta semejante, en quien se dieran determinados caracteres, propios de este género de poesía.